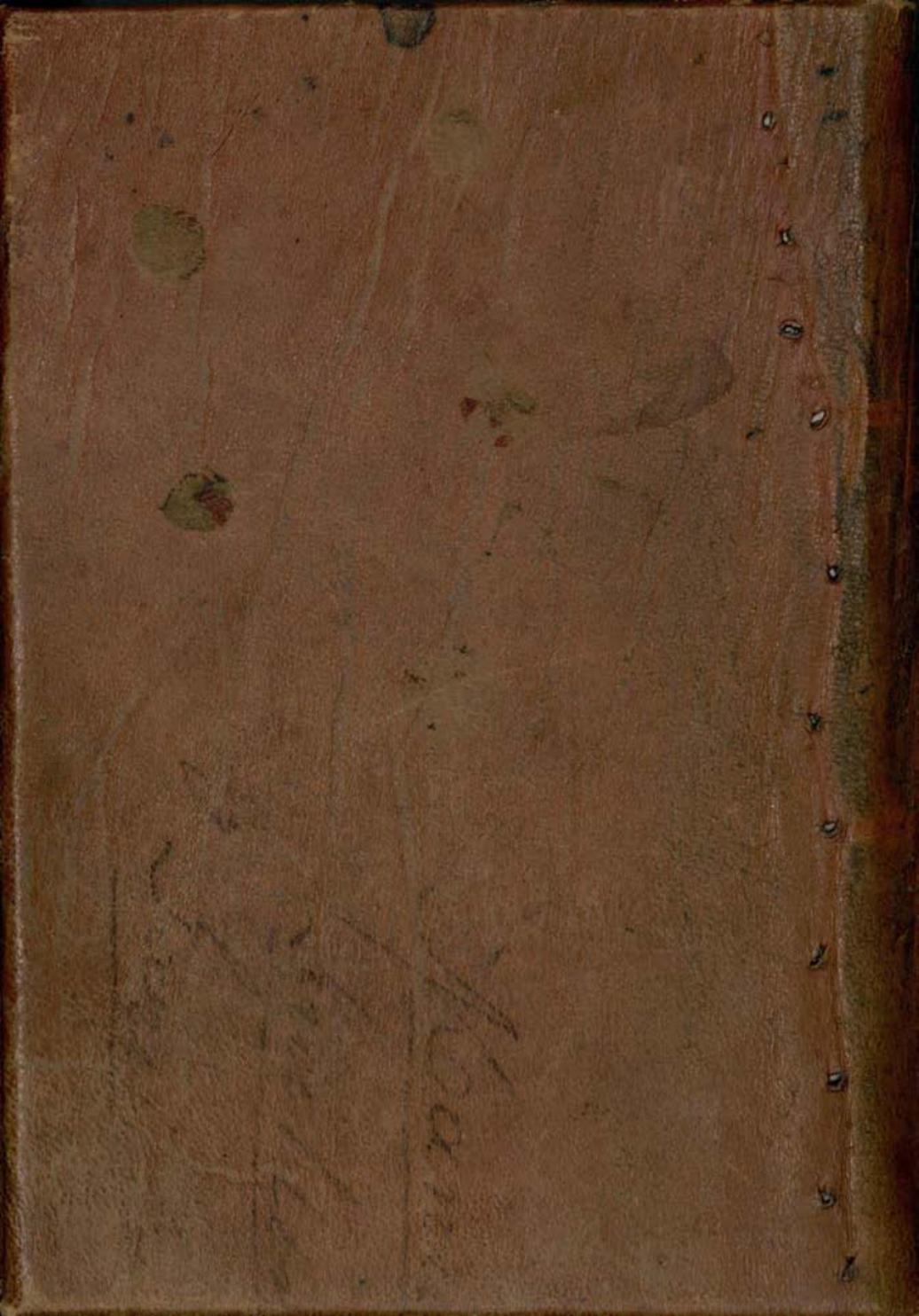


A-C.101/7

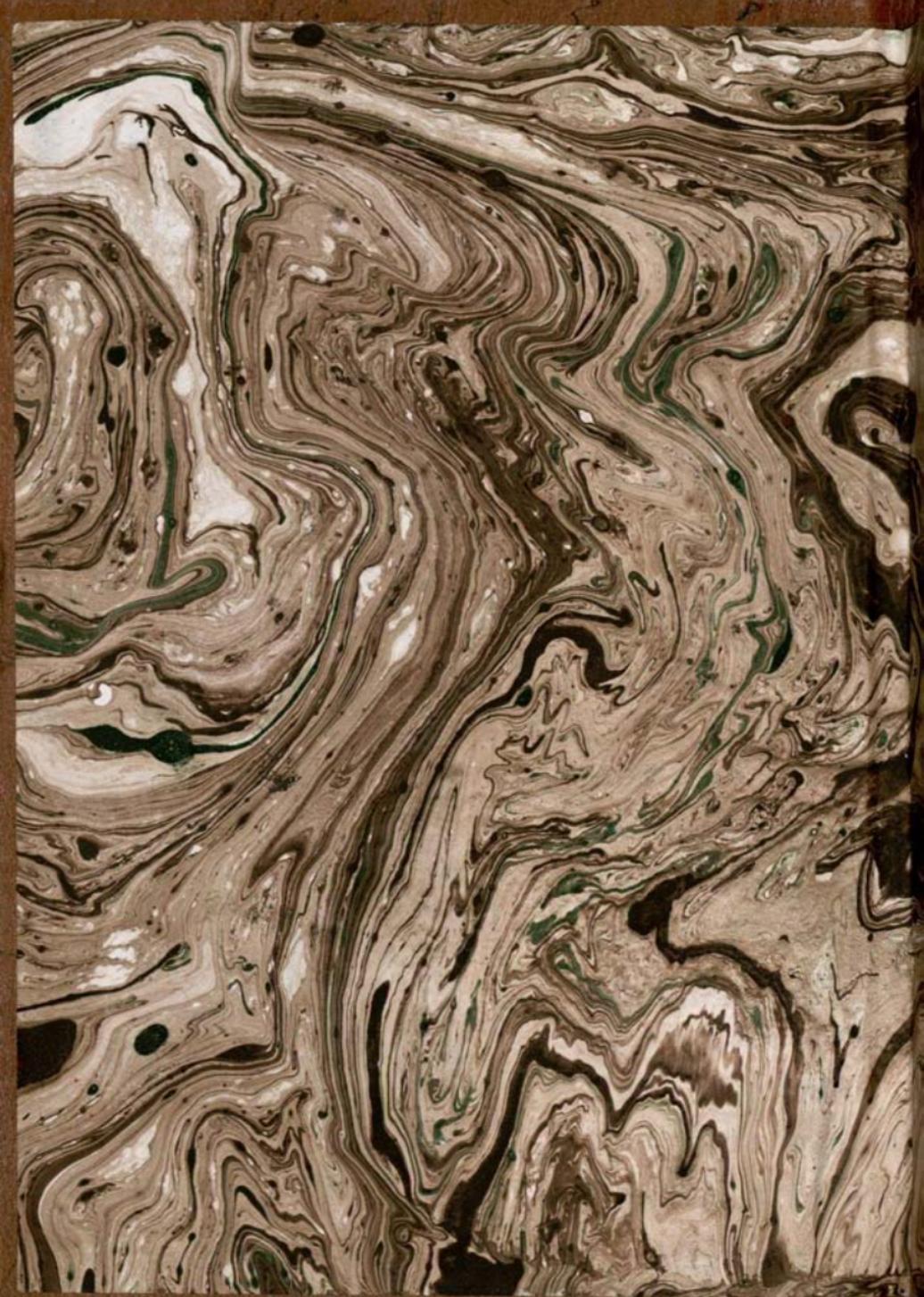


NI
CERVANTES
ES
CERVANTES
NI
EL QUIJOTE
ES
EL QUIJOTE





Faint, blind-tooled text is visible on the cover, including the name "JOHN" and the word "LIBRARY" in a stylized font.







^B
73332

A-Caj. 601/7

Observaciones críticas
acerca del Quijote

PRO



NI CERVANTES ES CERVANTES,
NI EL QUIJOTE ES EL QUIJOTE.

UN PASEO POR LAS PAGINAS DE LA INMORTAL OBRA.

Prólogo, Proemio, Prefacio, Introduccion,
Prospecto, ó mas claro:

OPUSCULO

PRECURSOR DE UNA EDICION (SIN NOTAS)
DEL VERDADERO D. QUIJOTE DE LA MANCHA CON EL TESTO GENUINO
DE SU AUTOR, HALLADO POR UN PRETENDIENTE A LA DE
ARGAMASILLA.

PRECIO 3 REALES.

SANTANDER, 1868.

Imprenta de la Gaceta del Co- || Librería de Fabian Hernandez,
mercio, Plaza Vieja. || Plaza Vieja.

BIBLIOTECA R.

MI CERVANTES ES CERVANTES.
MI EL QUIJOTE ES EL QUIJOTE.

LA PISER POR LAS PIZAS DE LA ZHORTI OIRA

Prologo. Prólogo. Prologo. Introduction.
Prologo. o mas claro.

OPUSCULO

PRELACION DE LA EDICION (SIN NOTAS)
DEL VERDADERO EL QUIJOTE DE LA MANCHA CON EL TEXTO ORIGINAL
DE SE AÑOR, REALIZADO POR EL PRESENTE A LA DE
MADRID.

PRECIO 3 REALES.

SANTANDER, 1808.

Imprenta de la Cacería del Co- Librería de Fr. Juan Hernández.
Calle de San Vicente. Plaza Vieja.

NI CERVANTES ES CERVANTES,
NI EL QUIJOTE ES EL QUIJOTE.

UN PASEO POR LAS PAGINAS DE LA INMORTAL OBRA.

Prólogo, Proemio, Prefacio, Introduccion,
Prospecto, ó mas claro:

OPUSCULO

PRECURSOR DE UNA EDICION (SIN NOTAS)
DEL VERDADERO D. QUIJOTE DE LA MANCHA CON EL TESTO GENUINO
DE SU AUTOR, HALLADO POR UN PRETENDIENTE A LA DE
ARGAMASILLA.

TALLER DE ENCUADERNACIONES
Y OBRAS DE VENTA
PLAZA DE LA SE O N.º 2
LIBRERIA DE LA V.ª DE HEREDIA.
ZARAGOZA.

N.º _____

SANTANDER, 1862.

Imprenta de la Gaceta del Co-
mercio, Plaza Vieja,

Librería de Fabian Hernandez,
Plaza Vieja.



Se reserva el derecho de propiedad.



A MI MEJOR AMIGO

J. H. A. S.

Te dedico esta obrita, no por lo que ella vale, sino como protesta de nuestra amistad; lo mismo te la dedicara si igualase en mérito á la de Cervantes.

A Mecenas poderosos dedicó las suyas nuestro autor; pero esto no le privó de morir pobre. No hay poder contra el destino; solo Dios puede torcerle.

No pongo tu nombre, como no pongo el mio, porque ninguno de los dos aspiran á tener significacion alguna en la posteridad.

Tú y yó nos entendemos, porque yo sé quién eres tú, y tú sabes quién es,

EL PRETENDIENTE A LA DE ARGAMASILLA.



Ni Cervantes es Cervantes, ni el Quijote
es el Quijote.

—¡Blasfemia! ¡blasfemia! ¡blasfemia!

Este será el grito que desde el Oriente al Occidente, y desde el Septentrion al Sur de la Península se dejará oír al ver el epígrafe con que se encabeza este pequeño opúsculo.

—Calma, calma, calma; que no á gritos hemos de arreglar esta cuestion, porque nos pueden oír los sordos y los de fuera, y mas vale que quede todo entre nosotros.

—¡Blasfemia! ¡blasfemia! gritarán en coro todos, ó casi todos los periódicos de Madrid, preparándose á salir á la palestra.

—Menos ruido, menos ruido; porque de lo contrario gritaré yo tambien, y el

diablo vá á andar en Cantillana. Ustedes no son voto en la materia, pues han dado en la manía por ahí de llamarlos gacetas, y todo el mundo sabe y conoce el antiguo refrán; además, todos los dias tienen ustedes que llenar una sábana en dos dobles, y es sabido que el que mucho habla mucho yerra. Conténtense ustedes con desempeñar su mision en buscar el bien del país, que no habrán hecho poco, y mucho llevarán ganado para en la otra vida.

—Blasfff.....!

—Chsssssilencio!..... he dicho que ni el Quijote es el Quijote ni Cervantes es Cervantes, y lo probaré.

—¡Qué disparate.... qué insistencia, y qué temeridad! La Academia ha hecho una edicion cotejada con la primera de Juan de la Cuesta, ilustrada con preciosas láminas y eruditas notas; ha publicado la vida de Cervantes por dos de sus individuos, todo ello digno del celebrérrimo autor. La Academia conviene lo mismo en las notas que en la vida de

Cervantes, con todos ó casi todos los autores de reconocida celebridad, como Pellicer, Navarrete, Mayans, Cobarrubias, Arrieta, Clemencin, Janer y Fernandez Cuesta; se han publicado cerca de 500 ediciones; se ha traducido á todos los idiomas, y con solo los comentarios, notas é ilustraciones del Quijote pudiera formarse una estensísima biblioteca. Se han ocupado de esta obra todos los sábios del mundo; y ahora sale con esas el pretendientillo académico.

—Verdad es, amigos míos, cuanto habeis dicho, y de eso pende la gran cuestion, porque si así no fuese, no me ocuparía yo de ella; pues si he de conseguir mi pretension de entrar en la de Argamasilla, necesariamente tengo que hacer méritos, y los temas que esta propone para los discursos de entrada son rebatir los fallos sancionados por otras Academias.

Veo con sorpresa que, templándose un poco han entrado ustedes en razones, sin duda por mi promesa, y me alegro á

la verdad, porque así todo quedará entre nosotros, y no tendré el disgusto de que se divulgue fuera de casa lo que en ella pasa. Como pretendiente académico estoy enterado de lo que son Academias. Las Academias, amigos míos, son... Academias... y ellas se componen de académicos, es decir, de hombres distinguidos por su saber; pero como son hombres son falibles como los demás hombres. El fallo de una Academia, podrá autorizar algo una opinion, pero nunca constituye sentencia definitiva y sin apelacion, en términos que quede como cosa juzgada. Lo mismo digo respecto á los demás comentadores del Quijote y biógrafos de Cervantes, en cuanto á la autoridad que puedan dar en contra de mi cuestion, es decir, *que son hombres*.

—Pero hombres doctos, y son muchos, por lo cual no puede ser el que se hayan equivocado.

—De la misma opinion era yo cuando empecé á leer el Quijote; pero tan pronto como toqué en la primera página del

prólogo, dije: «La última palabra sobre el verdadero testo del Quijote no está dicha» y en esta opinion me fui corroborando á medida que me fui internando en la historia del héroe manchego. Por el contrario, tanto nos hemos engreído en nuestras glorias al ver celebrado por los extranjeros al autor que nosotros teníamos olvidado; tanto hemos querido avanzar en celebrarle, despues que otros lo han hecho, que hemos dejado por cultivar lo mejor del terreno, y tenemos, mal que nos pese, que volver atrás, á empezar de nuevo.

Que muchos y doctos se equivocan y uno solo que ha pasado por loco puede tener razon no hay para qué detenerse á de mostrarlo; y es tanto mas satisfactorio para este cuando está convencido de la realidad, como fatal y pesadumbroso para aquellos; porque es sabido, que una voz sola fácilmente puede ser ahogada cuando muchas la contradicen. Es muy fácil andar por parva trillada, es decir, hacer lo que otros han hecho y decir lo que

otros han dicho sin meterse á escudriñar si el que lo dijo tuvo ó no suficiente criterio para decirlo. El derribar un edificio débil y falso para edificar en el mismo sitio uno sólido, es siempre mas costoso que si se edificara en terreno donde nada hubiere, pues si bien es verdad que se pueden aprovechar algunos materiales, no compensan nunca el gasto de derribar y separar los escombros.

—Es decir, que el pretendiente académico á la de Argamasilla, despues de llamar escombros á cuanto se ha dicho sobre D. Quijote, se propone en su discurso decirnos cuál es el verdadero testo, y quién es el verdadero Cervantes.

—Bueno fuera; pero lo primero téngolo por imposible, mientras no se halle el verdadero original, como se halló el del Buscapié, aunque pareceme que tanto tiene de Cervantes como Cervantes de D. Adolfo de Castro. Lo segundo, aunque algo mas posible, pareceme tambien que será difícil, porque como Cervantes procuró ocultallo y lo hizo con tanto ingenio,

malo estará de averiguallo. Lo que yo me propongo, es probar que Cervantes no escribió la historia de D. Quijote tal cual hoy está, mas loca que el loco que representa: procurando si puedo, qual otro Sanson Carrasco, atraerla á la sana razon, trasformándome para ello, como aquel en Caballero de la blanca luna, en pretendiente Académico de la de Argamasilla; pues los malandrines de los impresores y comentadores le han trastornado el juicio de tal manera, que es tan difícil comprender hoy á Cide Hamete Benengeli como á D. Quijote cuando hablaba de caballeros andantes. Lo mismo digo respecto á su autor, es decir que en su dia probaré que Cervantes no es la caricatura ridícula que nos presentan sus biógrafos. Perdónelos Dios, si quiera por la buena intencion con que lo han hecho, pues ellos no tienen culpa de su ignorancia.

— Mala causa trae el pretendiente, y desde luego le auguramos que solo con oír esto la de Argamasilla, se provée de

cerrojos y candados de nueva invencion.

—Ello dirá; por ahora tranquilizarse y suspender el juicio, que ya se verá como ni el Quijote es el Quijote, ni Cervantes es Cervantes.

No solamente censuró Cervantes en su inmortal obra de D. Quijote los libros de Caballería sino que lo hizo á la vez de muchos abusos en que frecuentemente incurrian los literatos de su tiempo. Censuró pues en su prólogo las notas de los libros, puesto que el texto es suficiente para decir cuanto se quiera, sin necesidad de distraer al lector con llamadas, las mas veces inoportunas, y que á nada conducen cuando se tiene fé en lo que se escribe y se espone con sencillez y claridad; y como él censura las notas, claro es que habia de procurar que su obra no las necesitase, haciéndola inteligible á todo el mundo. Satisfecho de que lo consiguió, despues de censurar los comentarios en el pintor Orbaneja, que cuando pintaba un gallo, ponía debajo para que se conociese «este

es gallo» recelándose ó temiendo D. Quijote los comentarios que habian de poner á su obra, dice: «y así debe de ser mi historia, que tendrá necesidad de comentario para entenderla. Eso no, respondió Sansón, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella; los niños la manejan, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran; y finalmente esta tan trillada y tan leída y tan sabida de todo genero de gentes, que apenas han visto un rocin flaco cuando dicen: allí va Rocinante; y los que mas se han dado á su lectura son los pages: no hay antecámara de señor donde no se halle un D. Quijote: unos le toman si otros le dejan.»

Asi es, porque el Quijote, y esto quiso decir Cervantes en el párrafo transcrito, se escribió para todos los tiempos, para todos los gustos, para todas edades y para todas las inteligencias: y el que no lo entienda es porque no debe ó no merece entenderlo; y ninguno debe procurar comprender de él mas que lo que dé de

si su propia inteligencia. Si se lee el Quijote en la juventud, ó cuando niño, hace reir con las simplezas de Sancho; cuando mozo, divierten estas y sus agudezas, pero hacen pensar los discursos y sentencias de D. Quijote: cuando hombre, estas y aquellos hacen llorar, y cuando viejo vuelven á distraer las simplezas de Sancho. Lo mismo y en la misma escala y en las mismas proporciones sucede con el hombre ignorante, instruido, ilustrado y docto; y no sucederá otra cosa aunque pongan una nota para cada palabra. Lo mismo, exactamente lo mismo sucederá con los extranjeros; gozarán de la lectura del Quijote y de su mérito segun sus inteligencias, y segun su edad; pero hay que añadir otra escala progresiva, que es segun su mayor ó menor perfeccion en la lengua castellana, y esto no se puede conseguir con las notas, porque habria que explicar tambien lo que estas quieren decir.

Sin embargo, hoy es casi imposible leer esta obra sino se le ponen notas, y

no por el tiempo trascurrido, porque uno de los meritos de esta obra es que su interés no decae nunca, como lo prueban las numerosas ediciones que se han hecho y se hacen cada año; sino por las mismas notas, que no permiten entenderla en muchos casos. Es decir, que las notas hoy son necesarias, casi indispensables, pero son para explicar y refutar las notas.

En todas las censuras del prólogo han incurrido los comentadores del Quijote, y mas que ninguno el Sr. Pellicer; pues si bien demuestra en ellas erudicion, bien pudiera haberla aplicado á cosas de mayor momento. Este buen señor ha puesto tantas, tan estensas y tan estériles notas, que para explicar una cosa que además de simple está, como hemos dicho al alcance de cualquiera, suele llevar con ellas al lector 2, 3, y hasta 9 páginas mas adelante del testo á que se refiere, y todo para hacer ver que aquello conviene ó coincide con lo que dijo tal ó cual autor, de tal ó cual manera, en tal ó

cual manuscrito, de tal ó cual biblioteca: de manera que, cuando se concluye de leer la nota y se vuelve á buscar el testo de Cervantes es necesario leer el párrafo anterior del libro para tomar el hilo de la narracion que ya se habia olvidado, asi como la palabra, origen de la estensísima nota.

A Cervantes le ha sucedido lo que á aquel que engreido escupió hácia arriba, pues le ha caído la saliva en la frente y de plano. El, que censura las notas en su prólogo, bien convencido de que su obra no las necesitaba, porque si las necesitase él se bastaba para hacerlas, y además tenia dos ó tres oficiales amigos que se las darian como de molde, veria hoy, si resucitára, que de los comentarios, notas, ilustraciones, réplicas, contraréplicas, y todo género de polémica á que ha dado lugar aquella misma obra pudiera formarse una estensísima biblioteca; y hallaría además, que muchos comentadores de su obra, por este solo hecho, han adquirido celebridad en vida

la que él no consiguió sino dos siglos despues de su muerte.

Hay uno entre estos comentadores que bien merece especial mencion, y no la mereciera, sino porque observamos que vá dando ya algunos pasos hácia el gran templo, nada mas que, porque en sus comentarios pretende hacer ver que las letras de D. Quijote no son letras, sino molinos de viento, y las palabras no son palabras, sino ejércitos de Carlos V. Esta es la figura que mas destaca entre los Quijotes de D. Quijote; es decir el que mas daño á hecho á la creacion feliz del inmortal autor.

Claro es que con las veinte y siete letras del alfabeto se forman los discursos grandes y pequeños, y con ellas se pueden formar miles de miles de millones de combinaciones, pues con ellas se forman y se hablan todos los idiomas; y tanto es así, que si quisiéramos meternos á combinar, muy pronto trasformaríamos el nombre de este, próximo á ser célebre autor, en otro que de seguro no habia de



parecerle nada grato. Esto creemos será bastante para que desista de su empeño, y tome el consejo que daba el vizcaino al jilguero cantador, «mas te valiera estar duermes.»

No debemos ocuparnos mas de estas impertinencias, hijas, mas de la ignorancia que del ingenio, porque, si ingenio hubiese, no se dirian.

Hemos dicho que son estériles las notas en muchos pasages, pero no solo estériles, sino perjudiciales. El querer hacer alarde de erudicion los comentadores les ha arrastrado en muchos casos á decir lo que no debian, poniendo mal lo que estaba bien y abandonando aquello en que debieran fijar su atencion.

El Sr. D. Nemesio Fernandez Cuesta tambien echó su cuarto á espadas en la última edicion del Quijote, pero mucho mejor hubiese sido para este y para aquel que se hubiese ocupado de la correccion, y no permitir que en donde Cervantes quiere que se admire la *discrecion* de su amigo, por haberle sacado con sus

consejos del apuro en que se hallaba para formar el prólogo, el Sr. Cuesta (ó su edicion que es lo mismo,) quiere que se admire la *descripcion*. Y digo que pudiera haberse ocupado de la correccion, porque no quiero hacerle el disabor de admitirlo como variante, *aunque todo podria ser*, y de todo puede haber en donde no se han salvado éste y otros anacronismos con la fé de erratas; y el Sr. Cuesta no se sometió completamente al texto de la edicion que seguia, tachando algunos pasages que él creyó errores de su *tocayo* el primer impresor del Quijote, bien infundadamente por cierto.

Bien está el que un editor se someta completamente al texto que se propone seguir, como lo hizo el Sr. D. Andrés Ponce de Quiñones, regente de la imprenta nacional, que ofreció 20 rs. á cada uno que le señalase una errata ó falta de conformidad en su texto del Quijote con el de la Academia que habia seguido, pues si tanto corrigió, y tan bien, y tenia suficiente talento y criterio para corregir,

debió hallar mil entorpecimientos en el texto por faltas de la edicion que seguia, hasta el punto de hallarse casos en que no sabia lo que decia, ni lo que corregia, en cambio puede labarse las manos como Pilatos ó decir con Duguesclin: *Ni quito ni pongo Rey.*

Mas no entra en nuestro ánimo tocar uno por uno todos los puntos falsos en que han incurrido los comentadores del Quijote, porque ni esto entra en nuestro plan, ni es materia para un opúsculo, ni ellos merecen este honor; solo nos hemos propuesto aquí hacer ver al mundo que la inmortal obra fué adulterada desde el momento que salió de las manos de su autor; y que así como dos líneas de un ángulo, á medida que se van apartando de su centro ellas se apartan de sí, de la misma manera este libro ha ido apartándose del testo original, á medida que ha ido pasando por tantísimos editores, comentadores y correctores, ó mejor dicho, corruptores de la obra. Y cuidado, que los golpes que le

asestaron los primeros editores fueron buenos, como despues se verá; lo cual, como sucede cuando se pierde el hilo de una madeja, que generalmente toda se enreda, así, perdido el hilo ó los estribos en que pudiera fijarse la ignorancia de los editores posteriores, que era el testo genuino del autor, cada uno ha marchado sin rumbo fijo, y ha cooperado á que veamos la obra en el estado lastimoso en que hoy se encuentra. Pero así como los rayos y destellos de la luz del sol tienen tal fuerza, que por mas que se le interpongan densas nieblas al fin, al fin consiguen vencerlas para brillar en todo su fulgor, así los rayos del sol de Cervantes han conseguido triunfar á través de los siglos, de las densas nubes interpuestas por la ignorancia de los editores y comentadores, mas temible aún que el ingenio de sus detractores.

Entremos pues en materia, es decir, demos algunas pruebas de nuestras aserciones, que es el asunto principal, y dejémonos de digresiones.

I.

TÍTULO.

«El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Dirigido al duque de Béjar Marqués de Gibraleon, etc.»

No puede ser éste el título que Cervantes puso á su obra en el original, porque desde que empieza la narracion del héroe hasta que concluye, dice que la compuso en árabe Cide Hamete Benengeli, y la tradujo èl al castellano. Inútil pues, y disparatada seria esta ficcion en el testo, si en la portada, en el título de la obra, en la primera página se dice que es compuesta por *Miguel de Cervantes Saavedra*.

II.

DEDICATORIA AL DUQUE DE BÉJAR.

En la portada, como se vé, y en el soneto de Urganda, se hace ya ostentacion de ser dedicada la obra al duque de Béjar. Es pues supuesto, y como supuesto falso cuanto se ha dicho sobre el duque de Béjar, de haberse cubierto de ignominia en la posteridad, por haber rechazado la dedicatoria que Cervantes le ofrecia, y haber alzado la mano en los favores de Cervantes. Tal vez cuando Cervantes le dedicó esta obra no necesitaba favores, y por esta razon fué espontánea la dedicatoria. Conste pues, que se ignoran los motivos que

pudo tener Cervantes para dedicarle la obra, como se ignora quien es Cervantes, ni su patria, ni su familia, ni si hubo favores, ni si no los hubo, ni si los dejó de haber; y que como todo esto se ignora, la tradicion que dicen, *que dicen* existir de to lo esto tuvo su origen en la cabeza hueca de algun ignorante, que fundaba sus asertos en tradiciones inventadas por él. (1)

III.

APROBACIONES, LICENCIAS, ETC. ETC.

Nada tenemos que decir de esto, porque no pertenece al testo de la obra, y claro es que todo habia de hacerse á nombre de Cervantes y no de Cide Hamete; aun cuando todas estas diligencias las haria Robles despues de adquirido el privilegio del autor.

IV.

PRÓLOGO.

El Sr. Fernandez Cuesta, en su edicion, pon · «*Prólogo del autor.*»

«Acontece tener un padre un hijo feo
«y sin gracia alguna, y el amor que le
«tiene le pone una venda en los ojos pa-
«ra que no vea sus faltas, antes las juz-
«ga por discreciones y lindezas y las

(1) En una obra que tenemos á la vista, impresa en 1800, se dice que Cervantes fué secretario del duque de Alva. Esto será disparate, pero viene á corroborar lo dicho en este párrafo. (N. del E. con permiso del autor.)

«cuenta á sus amigos por agudezas y
«donaires. Pero yo, que aunque *parezco*
«*padre soy padrastro de D. Quijote*, no
«quiero irme con la corriente del uso,
«ni suplicarte casi con lágrimas en los
«ojos, como otros hacen, lector carísi-
«mo, que perdones ó disimules las faltas
«que en este mi hijo vieres »

¿Siguió en esto Cervantes la ficción, ó la realidad? Lo lógico, lo natural es que siguiese la realidad, puesto que el prólogo lleva por objeto aclarar *el objeto* principal de la obra: y comprueba que siguió la realidad, en que dice que la obra se engendró en una cárcel: que es hija de su mal cultivado ingenio; pero en este caso hay contrasentido, porque en la ficción no *parece* Cervantes padre (autor) sino padrastro (traductor.)

Si siguió la ficción hay mas contrasentido aún, porque ni los padrastros llaman hijos á los entenados ó hijastros, ni el mucho cariño les pone una venda en los ojos para que no vean sus faltas. Lo que hay de cierto aquí es que el editor ó corrector, se fué por los trigos de Dios como vulgarmente se dice. Léase pues: «Pero yo que aunque *parezco padrastro soy padre de D. Quijote....*»

Esto pertenece á la primera página del prólogo. Antes de llegar aquí dejamos notadas cuatro variantes interesantísimas, sobre las cuales nada se ha dicho.

V.

Sigue el prólogo, y aludiendo á los que buscan autores para las notas, dice:

«Si trataredes de amores, con dos onzas que sepais de lengua toscana topareis con Leon Hebreo que os hincha las medidas, y si no quereis andaros por tierras estrañas en vuestra casa tenéis á Fonseca *del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia.»

Y dice Arrieta en su nota refiriéndose á *Leon Hebreo*: (porque de Fonseca, autor de casa, nada debia saber cuando nada dijo, lo cual da á conocer que mas se ocupó de los autores de fuera que de los de casa.)

«Escribió este docto médico *veneciano* una obra bien conocida intitulada *Dialogi d'amore*, impresa en Venecia en 1572. en 8.º, y á ella alude aquí nuestro autor.»

Pero dice Fernandez Cuesta (bajando la nota á Fonseca) que dice Arrieta, (como cargándole á este el mochuelo.) «Escribió este docto médico *lusitano* una obra bien conocida, intitulada *Dialogi d'amore*, impresa en Venecia en 1572, en 8.º, y á ella alude aquí nuestro autor.»

De modo, que la poca razon que los dos tenian, entre los dos se la quitaron; no tienen que echar la culpa

á nadie. Pero, señor, ¡cuánto mejor era haber dejado en paz á ese hebreo, á ese romano y á ese lusitano! porque lo cierto es que son tres los que andan en la danza, y Arrieta y Fernandez Cuesta no cuentan mas que con uno: hé aquí el tercero. Fonseca del amor de Dios es D. Cristóbal de Fonseca, que ni es *hebreo*, ni es lusitano, ni es veneciano, *sino de casa*: autor de una obra sobre el *Amor de Dios*, y otra intitulada *Vida de Cristo*, impresa en 1596 y dedicada al conde de Orgaz, contemporáneo de Cervantes, y tan clásico en la lengua castellana como el mismo Cervantes, que es cuanto hay que decir.

Pero prosigue Arrieta con otra nota al final del prólogo, que es lo que *hincha las medidas* á nuestra cuestion: «Dos cosas, á cual mas admirables y chistosas, son de notar en el presente prólogo (ya lo creo, como que se escribió para divertir á Arrieta y otros como él); su feliz y original invencion por una parte, y por otra la ingeniosa y fina sátira que en él hace Cervantes de la *supercheria* y *charlataneria* de un gran número de escritores de su tiempo que en España y aun en toda Europa prevaleció en todo el siglo XVII. (y aun en el XIX) de *afectar grande erudicion y lectura*, autorizando sus obras con un largo catálogo *por órden alfabético* de autores, que suponian consultados para la composicion de ellas, *no habiendo quizá leído ni consultado ninguno*, ni tenido necesidad de ellos.» Cuando

Arrieta dice esto, razon tendrá; por lo tanto, poco mas diremos de él ni de sus notas. ¡Qué hemos de decir!

Dejaremos de hablar aquí de muchísimas variantes que tenemos hechas en este prólogo, indispensables si ha de tener sentido comun. Nada diremos tampoco de los sonetos, especialmente el de Urganda la desconocida (que tan desconocida sea ella como el sentido comun de algunos versos de la tal composicion) y que tanto ha dado que decir á los comentadores sobre si es *Urganda* ó *Urgada*: dejando de ocuparse el descifrarnos lo que nadie comprende en este soneto; pero á fé á fé que ya nos lo explicará la Urganda, que poco ha apareció en Londres. Ella cantará.

VI.

«En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en Astillero»

«Ó lancera (dice en su nota el Sr. Pellicer), que era un estante en donde los hidalgos ponian las lanzas en el pátio ó soportal de las casas.»

¡Válate Dios por el Sr. Pellicer! ¿No era mejor pasar adelante y no mortificar ese Astillero, que estaba en paz, para no esponerlo á romper lanzas con su comentador? Es decir, que para el Sr. Pellicer era lo mismo si hubiese puesto Cervantes: «Vivia un hidalgo de los de

«lanza en lancera», porque si Astillero es la *lancera* del pátio ó del *soportal*, la cuestion era la misma. Y sin embargo ¡qué diferencia! Hé aquí un ejemplo del grande afan de comentar; pero ya que se ha hecho ¡pudiera haberse puesto, aun admitiendo la definicion del Sr. Pellicer, que no es la misma que quiso dar Cervantes.

«Astillero, hablándose de lanzas, significa un estante que en la armeria (ó habitacion destinada para las armas, si se queria decir lo que era Armeria) de los hidalgos habia para colocar las lanzas, y este nombre le venia de apoyar sobre él el astil ó mango de la lanza. Hablándose de mar, Astillero es el sitio donde se construyen los navíos.»

Dejemos igualmente en paz por ahora al pueblo ó lugar de la Mancha del cual no quiso acordarse Cervantes, pues sobre esto hay mucho que hablar, porque mucho se ha dicho, y lo que es peor, mucho se ha hecho. Es muy corto este opúsculo para tanto, no obstante el grande interés de este párrafo; conque, vamos andando, porque mucho queda aún que ver en este laberinto, y algo interesante ha de quedar para cuando salga nuestra edicion.

VII.

«En resolucion él (*D. Quijote*) se enfrascó tanto en su letura que se pasaba las noches leyendo de claro en claro,

«y los dias de turbio en turbio; y así
«del poco dormir y del mucho leer se le
«secó el cerebro de manera que vino á
«perder el juicio.»

Y dice Arrieta: «Pasar las noches de claro en claro, ó pasar en claro las noches, ya se entiende que es no dormir en toda ella: mas pasar los dias de turbio en turbio no se entiende tan bien; á no ser que quiera decir que los pasaba durmiendo ó en la oscuridad, y de consiguiente en turbio, por estar cansado de leer y velar de noche.»

Los que quedarán de turbio en turbio, de dia y de noche, y sin ningun claro y en completa oscuridad, son los que lean la nota del Sr. Arrieta. Así es, porque si como cree este señor de dia dormia D. Quijote y de noche velaba, no era para perder el juicio por el poco dormir y el mucho leer; porque el dia es mas grande que la noche, y salia ganando el dormir sobre el velar. Y digo si era por los meses de Junio, Julio y Agosto. Y vaya si quedarán á oscuras los lectores cuando supone que *acaso sea* el pasar el dia en la oscuridad y *sin dormir*, por haber pasado la noche leyendo. Solo se le ocurre esto á un comentador del Quijote, porque son su mayor calamidad. Esto, que es un problema para el Sr. Arrieta tiene su solucion en el dicho comun de *pasar la noche en claro*; pues aunque es pasarlo sin dormir tiene su origen del tiempo que se pierde por

no haberle aprovechado en el descanso, y es como si no hubiese pasado, como si hubiese habido un claro en el tiempo desde el día anterior; es decir, para el que no ha descansado es igual que si hubiese sido todo día, sin noche; y esta misma solución sirve para los días de turbio en turbio, porque para D. Quijote era igual que viniesen días ó marchasen noches; pues desde que terminaba el claro del día anterior, hasta que empezaba el claro del día siguiente, estaba leyendo; y desde que terminaba el turbio de aquella misma noche, hasta que empezaba el turbio de la siguiente, estaba leyendo; y así del mucho leer y del poco dormir se le secó el cerebro, de manera que vino á perder el juicio.

VIII.

«Si vuestra merced señor caballero
«busca posada amen del lecho (porque
«en esta venta no hay ninguno) todo lo
«demás se hallará en abundancia.»

Y dice Arrieta: «Esto es, *menos* el lecho; esto parece significaba en el lenguaje antiguo la palabra *amen* que en el día significa lo contrario, esto es, *además de*»

El Sr. Arrieta, comentador del Quijote, dice en su nota lo que se le ocurre á cualquiera sin ser comentador; es decir, que la palabra *amen* hay que trasformarla en *menos*, ó sacrificar el sentido de la oración; pero lo que no se le ocurrirá á nadie, mas que al señor

Arrieta, es que la palabra *amen* signifique hoy lo contrario que cuando se escribió el Quijote. ¡Pobre language? buena marimorena se armaría con los libros y los testamentos, mandas, pléitos, y todo género de instrumentos de los tiempos antiguos. Pero á fé que no lo asegura, sino que *parece*. Pero ¿á quién le parece? A nadie mas que al Sr. Arrieta. Donde dice *amen* léase MENOS, pues la palabra *amen* debió componerse de la última *a* de la palabra *posada*, corrida en la impresion de la primera edicion, y como quedó flojo el molde, salieron de él las dos letras *o*, y *s*, que faltan; si ya no es un barbarismo del corrector, como otros muchos que hay en el libro.

IX.

«El duro estrecho apocado y *fementido* lecho de D. Quijote estaba primero «en mitad de aquel estrellado establo.»

Hé aquí un párrafo que tiene casi tantos disparates como palabras, y solo se ha puesto una nota para la palabra *estrellado*. Y dice el Sr. Pellicer, que *estrellado establo* quiere decir «destechado y descubierto desde el cual se veian las estrellas.» ¡Oh candor sin igual! y qué pocos establos ha visto el Sr. Pellicer, pues si los hubiese visto, de seguro comprendería como todo el que no lea la nota del Sr. Pellicer, lo que quiso decir Cervantes. *Estrellado establo*, quiere decir, que en el techo de

aquel establo habia muchos agujeros por donde entraba la luz del dia, ó del crepúsculo, ó de la luna, con los cuales se formaban otras tantas estrellas. Destechado, es una habitacion sin techo, y lo que está sin techo ó destechado, ó descubierto, deja de ser establo; porque los establos, bueno ó malo tienen techo. Esta nota estaba demás, porque cualquiera sabe esto, menos el comentador del Quijote, para mayor desgracia suya

Veamos donde se hubiesen satisfecho los deseos de comentar.

El adjetivo *fementido* del sustantivo lecho es un pegote del corrector, que creyendo redondear la oracion echó á perder el sentido del testo, quitándole parte del valor y la hermosura que le daban los otros tres. Donde dice *estaba primero* falta el artículo *el*, y donde dice *en mitad* debió decir *en medio*, ó falta otro artículo *la*, con lo cual diria: «El duro, estrecho y apocado lecho de D. Quijote, estaba el primero en medio de aquel estrellado establo.» La supresion de artículos la censuró Cervantes en su contrincante Avellaneda, llamándole Aragonés, conque donde faltan en su obra es por faltas del corrector, que seria Aragonés.

X.

«A este escuadron frontero forman y
«hacen gentes de diversas naciones; aqui
«están los que beben las dulces aguas
«del famoso Janto; los montuosos que

«pisan los másilicos campos; los que
«criban el finísimo y menudo oro en la
«felice Arabia; los que gozan las famosas
«riberas del claro Termodonte; los que
«sangran por muchas y diversas vias al
«dorado Pactolo; los númeras dudosos
«en sus promesas; los persas en arcos y
«flechas famosos; los partos y los medos
«que pelean huyendo; los árabes de mu-
«dables casas; los citas tan crueles como
«blancos, los etiopes de horadados lábios
«y otras infinitas naciones cuyos rostros
«conozco y veo aunque de los nombres
«no me acuerdo. En estotro escuadron
«vienen los que beben las corrientes cris-
«talinas del olivifero Betis, los que ter-
«san y pulen sus rostros con el licor del
«siempre rico y dorado Tajo; los que
«gozan las provechosas aguas del divino
«Genil, los que pisan los tarteseos cam-
«pos de pastos abundantes; los que se
«alegran en los eliseos jerezanos prados;
«los manchegos ricos y coronados de
«rubias espigas, los de hierro vestidos,
«reliquias antiguas de la sangre goda;

«los que en Pisuerga se bañan, famoso
«por la mansedumbre de su corriente;
«los que su ganado apacientan en las es-
«tendidas dehesas del tortuoso Guadiana,
«celebrado por su escendido curso; los
«que tiemblan con el frio del silboso Pi-
«rineo y con los blancos copos del le-
«vantado Apenino; finalmente, cuantos
«toda la Europa en sí contiene y en-
«cierra.»

Hé aquí un trozo en donde se destroza el sentido comun y el alma de D. Quijote. Hé aquí tal vez la mas preciosa flor que contiene este amenísimo jardin: pero hé aquí que los malandrines de los impresores encargados de conservarla en toda su lozanía, la han dejado rodear de abrojos y de espinas que le atraviesan el alma.

Hé aquí donde hubiesen podido saciar su sed los comentadores, para desembarazarla de la maleza que la rodea por todas partes; pero aunque macilenta, ha conservado perfume suficiente para embotar sus sentidos, en términos que ninguno ha conocido el mal de que adolece, pues ha procurado ocultarlo, temerosa sin duda de que el remedio le habia de ser mas fatal que la misma enfermedad. Mil veces ha sido reproducida, y nadie, nadie hasta ahora ha notado nada en ella, y para colmo de desdicha ha sido tomada para modelo en nuestras

aulas; citándola como uno de los trozos mas sublimes de la inmortal obra. Seguramente, si Cervantes resucitara y la viera tal cual está, lloraria amargamente sobre ella, por la suerte fatal que le ha cabido. Tanto comentador, tanto acotador, tanto ilustrador, tanto biógrafo, tanto Quijote en fin, como ha tenido D. Quijote, hasta el punto de hacer que las prensas crujan bajo el techo de la casa donde *dicen* que fué concebido, y ni una palabra han dicho sobre esto sino para engreirse en ponderaciones, sin saber lo que ponderaban. Y tales han sido estas ponderaciones, para mayor desgracia, que la hemos visto insertada tal cual la copiamos, en el Teatro de la elocuencia Española; en una antología Española, en la coleccion de autores clásicos publicada en la imprenta real, *en las muestras de fundiciones de imprenta*, en todas partes, en fin, en donde se ha querido hacer admirar nuestra lengua ha sido publicada, sin que nadie haya denunciado una falta, prueba de que nadie ha notado su imperfeccion. Y sin embargo; comentadores del Quijote, Pellicer famoso, que una sola nota pusiste sobre esta flor, y esa para desvirtuarla, diciendo que fué traída del jardin de Homero, por decirnos que habiais leído la Iliada; confesad todos, que no la habeis comprendido. Y si no, decidme: ¿Que entendeis por Eliseos jerezanos prados? ¿Y qué por tarteseos campos de pastos abundantes? Porque los campos tarteseos, ó los campos de Tarifa, producen y abundan, no solo en pastos, sino en toda clase de frutos. Nada podeis con-

testar porque no lo sabeis. Os queda el pretesto del respeto al original, pero el original no existe, y el original á que podeis aludir, que es la primera edicion le habeis alterado cuando lo habeis creído conveniente. De modo que, ni aun esta disculpa se puede admitir, porque.... si respetásteis el original.... ¿para cuándo guardais vuestras notas?

Pues bien: traslademos los *campos* tarteseos á Jerez, y los *prados* jerezanos á Tarifa, y le habremos hecho recobrar *en parte* el sentido comun que antes no tenia, diciendo: «*los que pisan los tarteseos PRADOS de pastos abundantes, los que se alegran en los Eliseos CAMPOS jerezanos:*» pues es error de imprenta manifiesto, tan manifiesto, que si en el mismo original lo viese protestaria de que no era aquel el sentido que queria darle Cervantes; tal es mi conviccion de que él no pudo decir semejante disparate.

Pero aún quedan otras espinas que le atraviesan el corazon, como aquellas le atravesaban el alma; y sino decidme: ¿Quienes eran los de hierro vestidos, en España, en tiempo de Cervantes? Porque á España se refiere. El nos dice que son reliquias antiguas de la sangre goda; pero aunque los godos vistiésen de hierro, lo cual no es cierto, en tiempo de Cervantes no se conservaban estas reliquias, porque nadie vestia de hierro. ¡Que de hierro viera yo vestido al malandrin del impresor, corrector ó cajista que semejante despro-

pósito ha hecho decir á Cervantes! ¡Jesus! perdónelo Dios!

En la Mancha se visten
de correal;
Un animal se adorna
con otro animal.

Hé aquí toda la clave del enigma. Suprimase un *los* como otras muchas cosas que tenemos que suprimir y tendremos: «*los manchegos ricos, coronados de rubias espigas y de CUERO vestidos, reliquias antiguas de la sanyre goda.*» ¡Oh Cervantes sin igual! ¡Dichoso tú que escribiste la obra mas grande que han conocido los siglos, y dichoso quien como yo puede leerla, no tal cual nos la presentan, sino tal cual me la hace ver mi corto entendimiento!

Los godos vestían de cuero; por eso los romanos á una asamblea de godos-la llamaban, en sentido burlesco, *asamblea de los empellejados*; en la Mancha, residía el último rey godo, D. Rodrigo; en la Mancha, concluyó la monarquía goda; en la Mancha, se vestía en tiempo de Cervantes, como ahora, de correal; de la Mancha habla Cervantes, luego no pueden ser otros que los manchegos las reliquias antiguas de la sangre goda. Al impresor ó corrector le *sonó* mejor hierro que cuero, y por hierro nos lo vendió.

Descartada de estas tres espinas y alguna otra esta preciosísima flor, resulta:



«En estotro escuadron vienen los que beben en las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tarteseos *prados* de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos *campos* jerezanos; los manchegos ricos, coronados de rubias espigas y de *cuero* vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las *estensísimas* dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo, y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.»

XI.

«De aqui no me levantara oh valeroso
«y esforzado caballero fasta que la vues-
«tra bondad y cortesía me otorgue un
«don el cual redundará en honra y prez
«de vuestra persona y en pro de la mas
«desconsolada y agraviada doncella que
«el sol ha visto; y si es que el valor de
«vuestro fuerte brazo corresponde á la
»voz de vuestra inmortal fama, obligado
»estais á favorecer á la sin ventura que

«de tan lueñas tierras viene al olor de
«vuestro famoso nombre.»

Este párrafo ha sido cosa corriente para los comentadores; tan corriente, que ninguno ha tenido que notar nada en él; y sin embargo, la pulcra, la caritativa y discretísima Dorotea, dice que de lueñas tierras viene al *olor* de D. Quijote. Es de suponer que el que tal dijo quiso decir que vino al olor de D. Quijote; porque el nombre, por mucha que sea la fama no es fácil que huela. De modo que, *la sin ventura*, también ha sido víctima de los malandrines de los impresores y correctores, imputándole la injuria y calumnia de ponerse en camino desde el reino Micomicon, no al *loor*, sino al olor de la fama de D. Quijote. Bien convencidos estaban ellos de que D. Quijote dormía el sueño eterno en el sepulcro de la Mancha; pues de otro modo, su fuerte brazo hubiese estado pronto á defenderla contra el primero que se atrevió á injuriarla de tan vil manera.

El primer impresor por ignorancia, ó algun chusco por malicia, antepuso á la *l* una de las dos oes, y así han llegado hasta nosotros, para mengua de los comentadores; léase pues: «Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la *sin ventura* que de tan lueñas tierras viene al *loor* de vuestro famoso nombre.»

XII.

«Entonces se decoraban los conceptos
«amorosos del alma simple y sencilla-
«mente, del mismo modo y manera que
«ella los concebía sin buscar artificioso
«rodeo de palabras para encarecerlos.»

Y dice el comentador de la colección de autores clásicos publicada por el gobierno, impugnando á Clemencin:

«*Entonces se decoraban.* El entendido Clemencin juzga ver un defecto en el uso de este verbo; pero ni es error de imprenta ni impropiedad de Cervantes. *Decorar* significa *decir de coro* sin detenerse, sin titubear: y no *tomar de coro ó de memoria* como este comentador supone.»

Ya se vé por este párrafo del impugnador *que el entendido Clemencin dice, que decorar es tomar de coro ó de memoria.*

Pero viene Fernandez Cuesta á completar la trinidad comentaril, ó mejor dicho, á hacer *coro* en ese *de coro*, diciendo: «*Decorar* quiere decir que se leían *de coro* como estaban escritos en el alma.»

Aquí viene bien aquello de tres al saco y el saco en tierra; porque ni es impropiedad de Cervantes, ni hay error de imprenta, ni en esto hay ningún decoro, lo que hay es un *coro* que VV. han hecho, y *dos corridos*,

que son Cervantes y el sentido común, por querer comentar lo que no entienden. Lo que dijo Cervantes, ya que VV. no quieren admitirlo como él lo dijo, fué: «Entonces se decoraban (ó adornaban que es lo mismo) los conceptos amorosos del alma, simple, y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarcerarlos.» Tampoco buscaremos *artificioso rodeo* para decir en este caso lo que nuestra alma siente: y es, que ninguno de los tres entendieron el Quijote.

Casos ha habido de sostenerse una gran polémica entre tres comentadores sobre si una palabra era sustantivo, ó adjetivo, ó adjetivo sustantivado, ó sustantivo adjetivado; y concluir dándose todos la razón (sin tenerla ninguno) porque lo cierto es, que una bendita *y* que enlazaba los dos adjetivos, se quedó rezagada en las cajas de Juan de la Cuesta, con la maldita idea de reirse á cuenta de ellos y que nosotros hablásemos de ella al cabo de 260 años; pero si al fin lo ha conseguido, ni una palabra mas diremos de ella.

Saltando por encima de muchísimos obstáculos, con que hemos tropezado al leer por primera vez la inmortal obra, hemos llegado hasta aquí con nuestras observaciones, porque ya hemos dicho en otra parte que no es nuestro ánimo tocar uno por uno en este opúsculo todos los anacronismos que se hallan en ella; ni todos los barbarismos en que han incurrido los come-



tadores. Basta lo dicho para que nos tomemos la libertad de aconsejar á todos los que tengan Quijotes comentados ó por comentar, que, si bien por respeto al autor no hagan con ellos lo que el cura, el barbero y el ama hicieron con los libros de caballería, podrán guardarlos para historia, y que se atengan al que, sin notas ni comentarios, intenta dar á luz el pretendiente á la de Argamasilla.

Queda pues sentado lo que se estableció al principio de este opúsculo. «Que el Quijote no es el Quijote..... tal cual lo escribió Cervantes.»

Que Cervantes no es Cervantes, es materia de otro opúsculo que, (Dios mediante), saldrá á luz al fin de la obra, si es que la suerte de este y aquella no dispone otra cosa, *porque todo podría ser*. En el ínterin, aconsejamos á los curiosos, que no admitan como cosa corriente y terminante lo dicho por Rios, Mayans, Pellicer, Navarrete, Moran y Asensio, pues resulta ser de un tal *Lucas Gomez* el retrato que este último dice ser de Cervantes, hallado en un cuadro de Sevilla.

Respecto á los otros, corren voces de que Alcalá no está del todo satisfecha por haber admitido la donacion que gratuitamente y sin solicitarlo se le ha hecho; pues sabe que, habiendo seguido á Pellicer en su teoría del *sata vetera y vetera sata, sotos albos y albos sotos, turres veteras y veteras turres*, unido á lo de los ciervos de Benengeli, y otras chacharramauchas por el esti-

lo, se ha descubierto que Miguel de Cervantes es Miguel de Luna, autor de la historia de D. Rodrigo, último rey de los godos; pues coincide con llamarse Miguel y ser contemporáneo de Cervantes, el haber compuesto aquella obra bajo la ficción de ser traducida por el del árabe Abulcacin Tarif Abentarique, natural de Medina, en la Arabia Petrea, como lo hizo con D. Quijote bajo la ficción de Cide Hamete Benengeli, cambiando solo el apellido Luna en Cervantes, cervical, cervatos, ciervo ó cervanteño, (que es lo mismo según los biógrafos de Cervantes) tomando del ciervo para la transformación lo que aquel animal tiene de relación con aquel astro, es decir, en *los cuernos*

Ya te oigo decir, «lector ilustre ó quier plebeyo,» que esto es disparatado y ridículo; pero es lo cierto, que no es menos disparatado, ni tiene mas fundamento cuanto se ha dicho sobre el particular; ni es menos ridículo el querer hacer ver, entre otras cosas, que se hayan disputado la cuna de Cervantes siete pueblecillos de la Mancha, como la de Homero se disputaron siete ciudades de Grecia; pues ninguno de estos pueblos han tenido tales pretensiones, y todo ha sido ficción de los biógrafos, para hacer ver que ha habido pleito y lo han ganado ellos para Alcalá.

He dicho que *dicen*, que Alcalá no está del todo satisfecha con la gratuita donación, porque ha conocido después, que al admitirla le han cargado con el mo-

chuelo de haber sido ella sola madrastra de Cervantes, y Alcalá, ciudad famosa por las letras, amante de sus glorias é ilustre por sus hijos, no podia haber tenido tan olvidado uno que honra por las letras no solo al pueblo que le vió nacer, no solo á España, no solo á Europa, sino al mundo, si otros mundos hubiese que pudiesen admirarlo.

PROTESTA.

Despues de escrito este opúsculo, hemos pensado, que tal vez algunos de los comentadores citados habrán fallecido. Si es así, que Dios tenga su alma en gloria; porque ante todo, somos católicos apostólico-romanos. Ni á ellos conocíamos, ni á los vivos conocemos personalmente. A sus escritos se dirijen nuestras censuras, no á sus personas; porque si éstas se van, aquellos quedan; y aprendimos en nuestro autor, «que el que imprime neceda—dadas á censo perpe.» Tambien él ha muerto, y no solo se censuran sus faltas, sino que le hacen cargar con las ajenas.

OTRA.

Conocemos muy á fondo el corazon humano; por eso preveemos que no faltará quien nos moteje de atrevidos é inmodestos. A esto contestamos de antemano, que es nuestra conciencia y nuestra conviccion la que habla. Y siendo así ¿quién puede contener la satisfaccion, al tratar un asunto de tanto interés para nuestro

país, y en el que cifra su mayor gloria literaria? Se dirá que esto es remachar el clavo; puesto que se vé bien de sobra la falta de literatura en su autor. Admitido; pero todas no han de ser flores retóricas: la *falta* de literatura podrá suplirse con la *sobra* de argumento de motivos y de razon. El que quiera flores retóricas, que de un pasito mas y se encontrará en el amenísimo jardin de nuestro autor. Y basta de advertencias y de protestas, porque un opúsculo no dá de sí para tanto, ni hemos de contestar à todo cuanto se crea y se diga, porque ya se sabe que «de Dios dijeron sin tener nada que decir.»

CONCLUSION.

Y para evitar el tener que contestar à quanto de este opúsculo y de su autor se diga en el gran *cisco* que se ha de *armar* por él, aprovechando la circunstancia de hallarnos en Santander, cedemos el derecho de propiedad à Fabian Hernandez, editor del *libro famoso del Becerro*, y partimos de esta sin saber à donde, en el primer buque que saldrá de este puerto, quince dias antes de su publicacion, para tomar tiempo à alejarnos sin querer oirlo; bien seguros de que aquel cumplirá fielmente su contrato, especialmente en los siguientes



ARTICULOS

DEL CONTRATO DE CESION DE PROPIEDAD
POR EL AUTOR AL EDITOR, QUE PUEDEN
SERVIR DE

PROSPECTO A LA OBRA GENERAL.

Primero. No se publicará este opúsculo sino 15 dias despues de haber partido su autor del puerto de Santander.

Cuarto. La primera edicion del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, con variantes del pretendiente académico á la de Argamasilla, no se imprimirá en Madrid, porque en Madrid como en la cárcel donde se engendró el Quijote, «*toda incomodidad hace su asiento, y todo triste ruido tiene su habitacion.* El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes y *la quietud del espiritu*, son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento.» Madrid no reune ninguna de estas condiciones para que las musas mas estériles se muestran fecundas; sino para que las mas fecundas se muestren estériles; porque falta lo principal, que es la *tranquilidad de espiritu*.

Séptimo. Declaro, que á Fabian Hernandez, librero de Santander, tengo cedido el derecho de propiedad, lo mismo de este opúsculo que del Quijote, con mis variantes, y el solo, ó sus herederos, podrán imprimirlo durante toda mi vida y 50 años despues de mi muerte;

bajo condicion que no ha de hacer de este mi privilegio el uso que suelen hacer los Robles y los Cuestas. (1) quiero decir, que no ha de añadir ni quitar una sola letra del testo original que yo le entrego; y lo ha de corregir con la misma esactitud que corrigió el famoso libro *Becerro*.

Noveno. No ha de poner notas, advertencias, acotaciones, comentarios, ni otras zarandajas, sin mi consentimiento.

Décimo. Las variantes que lleve esta edicion han de ser en letra bastardilla, no solo para que destaquen del testo original, sino para que los editores sucesivos de D. Quijote (que probablemente no los habrá ya, las conozcan, y no aleguen ignorancia ante la Ley.

Duodécimo. Le queda terminantemente prohibido, sopena de retirarle este mi privilegio, sostener polémicas sobre cualquiera crítica á que este mi libro pueda dar lugar; pues esto á mi solo me incumbe, y me reservo este derecho, con el objeto de contestar solo á quien lo merezca, despues que se calmen los ánimos, alterados con la aparicion de este opúsculo.

Décimo tercio. Prohibo, no solo para esta edicion sino para todas cuantas se hagan mientras tenga valor este mi privilegio, que se pongan láminas ni grabados en esta obra, porque estoy bien convencido que todos, aun cuando sean de Carmona, de Selma ó de Gustavo Doré, han de redundar en perjuicio del testo; *porque toda pintura palidece ante los rayos de su sol.* Quédese el almazarron para obras que necesiten encubrir con su tosco brillo la inmundicia que contiene el testo.

Decimo cuarto. Prohibo igualmente colocar otro retrato de Cervantes, que el que él mismo hizo valiéndose de su pico, y que deja muy atras al que de

(1) El autor alude á Robles, librero de Madrid, y á Cuesta, impresor de Valladolid; el primero, porque adquirió el privilegio de Cervantes, y el segundo, porque imprimió la obra. (Nota del editor con permiso del autor.)

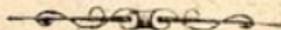


Alejandro hizo el mismo Apelles; pues habiendo declarado él mismo, que quedó *en blanco y sin figura*, no existe ninguno auténtico hecho á pincel ni á buril.

Décimo quinto. Exijo que todas las ediciones que se hagan de D. Quijote con mis variantes lleven portada encarnada y negra, por ser el distintivo con que comunmente distinguen los bibliógrafos las obras notables.

Vigésimo. Es condicion precisa que el precio de esta primera edicion no esceda de cinco escudos, porque es mi deseo y mi voluntad que el verdadero testo del Quijote se popularice, para que desaparezca esa falsa idea de que Cervantes cometi6 faltas en su obra; siendo así que las faltas que á él se atribuyen son faltas y sobras de los comentadores, de los correctores y de los impresores.

EL PRETENDIENTE A LA DE ARGAMASILLA



LA VIDA

La vida es un camino que se abre
entre el dolor y el placer,
entre el bien y el mal,
entre el amor y el odio,
entre el cielo y el infierno.
Es un camino que se abre
entre el bien y el mal,
entre el amor y el odio,
entre el cielo y el infierno.
Es un camino que se abre
entre el bien y el mal,
entre el amor y el odio,
entre el cielo y el infierno.

LIBRO DEL HOMBRE

Este libro es el primero de una serie
que trata de la vida humana.
En él se describe el camino
que el hombre recorre desde
su nacimiento hasta su muerte.
Se trata de un camino que
es a la vez doloroso y hermoso,
que es a la vez oscuro y luminoso.
Es un camino que se abre
entre el bien y el mal,
entre el amor y el odio,
entre el cielo y el infierno.

PRIMERA PARTE

EL EDITOR.

El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, con variantes del pretendiente á la de Argamassa, saldrá á luz en cinco cuadernos, al precio cada uno de un escudo, y se abonarán.

El primer cuaderno al hacer la suscricion.

El segundo cuaderno al recibir el primero.

El tercer cuaderno al recibir el segundo.

El cuarto cuaderno al recibir el tercero.

El quinto cuaderno al recibir el cuarto

El que abone toda la obra al hacer la suscricion, deducirá por valor del último cuaderno, entregando ó remitiendo el importe á Fabian Hernandez, en Santander.

Se suscribe en todas las principales librerías.

LIBRO DEL BECERRO.

Esta obra, ya terminada, forma un hermoso tomo en fólío, de 500 páginas á dos columnas, de hermosa letra, con portada á dos tintas y un hermoso faximil en cuatro colores, igual en tamaño á una página del original, (doble fólío) ordenado por el rey D. Pedro.

PRECIO, 100 REALES.









1024298

